

Prólogo del Psicólogo del Infierno

No me busquen en la empatía. No intenten encontrar rastro de humanidad en este traje planchado o en la voz pausada con la que calmo sus crisis. La ciencia que estudié no era para curar; era para diseccionar el miedo antes de que el miedo me devorara a mí.

Ustedes creen que la locura es un estruendo, un grito que rompe la noche. Se equivocan. La verdadera locura es un susurro constante, un zumbido de alas que no se detiene, una vibración en la base del cráneo que te dice que el mundo es de papel y que tú eres el único con el derecho de rasgarlo.

Heredé un abismo antes de aprender a caminar. Vi a mi sangre estrellarse contra el mármol y, mientras otros lloraban, yo solo pude observar la geometría de la mancha roja. Ahí supe que mi destino no era el consultorio, sino el matadero. El alcohol no era un vicio, era el anestésico que necesitaba mi alma para no sentir el peso de la Legión reclamando su envase.

Siento la sangre golpeando contra las paredes de mis venas, una marea reprimida que pide a gritos ser liberada sobre el suelo de Asturias 253. Isabel no fue una víctima; fue un experimento necesario. Mariana no fue una tragedia; fue la puerta que terminé de abrir.

Mi mente no está rota. Está evolucionada.

Soy el hombre que escucha sus secretos para saber exactamente dónde clavar el bisturí. No busco su sanación, busco su entrega. Porque debajo de la esquizofrenia y detrás de la paranoia, hay un mandato que no me pertenece, pero que ejecuto con la precisión de un dios caído.

Bienvenidos a mi consulta. Cierren los ojos. No piensen. Solo observen cómo la luz se apaga.
He dejado de ser el doctor que temía a la sombra para convertirme en el arquitecto que la
habita.

Mi verdadera sesión... apenas comienza.

Manuel
(1940 – 1970)